

Y

Una palabra fatal.

Estamos en la planta baja del hotel de la duquesa de Reville.

Cuadros colgados de las paredes, paisajes antiguos y modernos, retratos de prelados ó de grandes damas y de hidalgos de todas épocas, mesas, caballetes, un piano de cola, un harmonium y máquinas de coser.

Y en medio de todo esto, á la hora en que Fernanda de Corbiere trataba con Launay una cuestión tan penosa como delicada, tres personajes reunidos, la duquesa bordando, su señorita de compañía dibujando y un joven de buen humor y de buen aspecto, apoyado sobre su bastón, enguantado, en traje de visita, sin ceremonia y hablando tan pronto con la una como con la otra.

Este joven, era el marqués Huberto de Sauvès.

—¿De modo que os gusta reproducir con exactitud facciones tan distinguidas como las mías?—dijo dirigiéndose á la joven.

—Dios mío, caballero, si queréis probaré. No saldrá del todo perfecto.

—La perfección no es de este mundo—observó la duquesa.

—Soy muy inquieto y no sé si podré estar sin moverme el tiempo necesario. ¿Cuánto tiempo necesitáis?

—Tres, cuatro horas, una tal vez...

—¡Oh! ¡oh!

—¿Es mucho?

—Esperad, voy á ver si puedo disponer de ese tiempo.

Consultó su reloj y dijo:

—¡Las tres! Puedo concederos ese tiempo y aun algo más. Pero principiemos. ¿Cómo debo ponerme?

—Como estais, estais bien. No os violentéis.

—Tanto mejor.

—Podéis hablar con la señora duquesa.

—Entonces, perfectamente. ¿Estamos ya?

—Sí.

—No hay que moverse ya.

Teresa puso manos á la obra.

Silenciosamente, con su lápiz en la mano, examinaba la cara del marqués, su salvador, y con mano ligera fijaba cada una de las facciones sobre el papel.

El marqués la preguntaba de cuando, en cuando medio sonriendo:

—¿Marcha eso?... ¿Avanzamos?... ¿Estoy bien colocado?

Ella contestaba haciendo un signo con la cabeza y seguía su tarea.

El había reanudado la conversación con la duquesa, se informaba de cómo estaban Juana y su marido, dónde estaban, sus proyectos para el verano próximo, de si el capitán pensaba pedir licencia para pasar en París algún tiempo.

Cuando la duquesa, llamada por su doncella, tuvo que dejarles solos un momento, el marqués dijo á Teresa:

—¿Y no nos lo habéis dicho hasta última hora?

—¿Para qué?

—¡Es chocante! ¡Convenid en ello!

—No. No habrá más que una misa rezada, después de la visita obligatoria al alcalde, en mi casa, en la Borde, y aun eso, si un cura quiere mostrarse complaciente, porque me caso con una divorciada... Los testigos indispensables... y eso será todo.

Se inclinó delante de la señora de Reville.

—Mi querida duquesa—dijo—me permitiréis que os presente mi mujer después de la ceremonia, y espero que la acogereis amistosamente.

—¡Cierto! pero veamos, sed franco, para hacer tanto misterio, ¿con quién os casais, Gabriel?

—Es bastante difícil de decir...

—¿Aun entre nosotros?

—Aun entre nosotros.

—¿Por qué?

—Porque yo no lo sé.

—¿Os burlais de mí!

—No lo creais.

—Entonces explicáos.

—Voy. Me caso con una mujer de veinticuatro años, que me agrada infinitamente... La sociedad, nuestra famosa sociedad, encontrará en esto que criticar, ¡pero tanto peor!

—Se casa uno para sí, y no para los demás

—afirmó la duquesa.

—Rubia ó morena—preguntó de Sauves.

—Más bien morena...

—Me gustan más las rubias—dijo el marqués inclinándose hacia Teresa, quien dijo muy oportunamente:

—La señorita Fernanda es rubia, en efecto.

Tal vez se hubiera podido notar en el tono con que ella pronunció estas frases un átomo de envidia.

¡Pero tan ligero!

El marqués la dió las gracias con una mirada muy simpática.

—¿Viuda ó soltera?—dijo la duquesa.

—Ni lo uno ni lo otro... Divoreciada... Acabo de decirlo.

—Es verdad.

—Yo la preferiría soltera—dijo alegremente el conde Gabriel—pero no hay más remedio que tomarla tal cual es. Además, ha sido por complacerme por lo que ha pedido el divorcio.

—En fin, ¿la boda está decidida?

—Irrevocablemente...

—Pero no nos habéis dicho su nombre.

—Se llama Elena Noel.

Este nombre no decía nada á nadie en aquella tertulia tan selecta, donde había una duquesa, un conde y un marqués.

Cuando decimos á nadie, nos equivocamos.

Al oír aquel nombre, la señorita de compañía levantó la cabeza.

Y aún miró al conde Gabriel con tanta sorpresa, que á él le llamó la atención.

Sin embargo, continuó:

—Elena nació de padres desconocidos. He tratado de penetrar el misterio de su origen,

¡Imposible! No he encontrado huella alguna hasta que estuvo interna en un colegio de Passy, donde pasó doce años. Antes no se sabe nada de su infancia. Sin embargo, debió ser puesta en nodriza en alguna parte.

—Sin duda alguna.

—¿Pero dónde? Nadie ha podido ó querido decírmelo, y yo ardía en deseos de saberlo.

—De veras?—dijo involuntariamente Teresa.

Su mirada era tan atrayente, que el conde la dijo.

—Vos sabéis algo.

—Es verdad.

—Decídllo.

—Elena Noel, en cuanto nació, fué puesta en nodriza en una casa que vos conocéis.

—¿Yo?

—Vos.

—¿Dónde?

—En Fontaine?

—¿Cerca de Rambouillet?

—Sí.

—En casa de la viuda Lapierre?

—Precisamente.

—¿Estáis segura de eso?

—Completamente.

—Gracias.

Estas preguntas y respuestas se habían cambiado rápidamente sin reflexionar, por decirlo así, por una y otra parte.

El conde, absorto por su idea, no hizo alusión alguna á su parentesco con la señorita de compañía de la duquesa, ni á su historia, que él debía conocer perfectamente,

Se contentó con hablarla con la misma atención y casi con la misma familiaridad que á la misma duquesa y á su amigo el marqués de Sauves.

Y cuando ella terminó su dibujo, el marqués la dijo, levantándose:

—¿Me lo permitís?

Teresa le entregó el trabajo.

El marqués se extasió ante su propia figura. Teresa había trazado con el lapiz su riente y picaresea fisonomía con una exactitud admirable.

—Corbiere tenía razón—dijo el marqués.—Esto es admirable.

Se disputaron el dibujo.

Se lo llevó de Sauves, protestando para con los otros que querían apoderarse de él.

—No tenéis derecho... ¡Es mi cabeza! ¡Me pertenece!

Fué preciso dejársela.

Se inclinó al oído de Teresa, diciéndola:

—Este dibujo tiene un doble valor para mí. Será un recuerdo... Francamente, me lo debíais.

La duquesa dijo al conde Gabriel:

—Desde que tengo tan encantadora señorita de compañía no os podéis figurar cuántas visitas recibo, en particular de vuestro amigo de Sauves. ¡Hay aquí un imán que le atrae!

El marqués lo había oído.

—Helo aquí—dijo, dando algunos pasos para salir al encuentro de una nueva visita.

Era Fernanda de Corbiere.

Llegaba muy agitada, al parecer.

Después de haber besado á la condesa, dado la mano á su futuro y sonreído, pero con una sonrisa triste á Teresa, se acercó con viveza á su hermano y le dijo:

—No te vayas sin mí. Necesito hablarte.

—¿A propósito de qué?

—De cosas graves.

—¡Me asustas!

Fernanda admiró también el retrato de su pretendiente; mejor dicho, del pretendiente á su mano.

La visita del conde Gabriel no se prolongó mucho.

La hermana no tardó en llevarse al hermano.

A cosa de las cuatro se despidieron y salieron juntos.

Cuando hubieron partido, la señora de Reville dijo á su señorita de compañía y al marqués de Sauves.

—¿Habéis notado la turbación de Fernanda? Yo no la he visto jamás así.

—Alguna escena con su madre—dijo el marqués.

El hermano y la hermana tenían cada uno su coche.

El conde una victoria, Fernanda un cupé.

—Despide tu coche—dijo la joven.—Darás una vuelta conmigo y te llevaré á donde quieras.

—¿Tan misterioso es lo que tienes que decirme?

—Vas á ver.

El conde estaba lejos de sospechar lo que iba á oír.

—¿Hacia dónde quieres que vayamos?—preguntó.

—A cualquier parte, al paso, á los Campos Elíseos.

Los dos solos en su cupé hablaron largamente.

Fernanda fué quien tomó la palabra.

Explicó á su hermano sus impresiones de la juventud, sus estancias en el castillo de la Ferté-Montarón, el rigor de su madre para con los desgraciados de la Boca del Lobo, la pena que ella sentía cuando veía una injusticia ó una falta de generosidad que la humillaba; después el deseo, que no se atrevía á expresar, de conocer á Teresa, tan buena, tan modesta, á quien veía en la iglesia los domingos, y algunas veces, durante la semana, en la ventana de su casucha de la granja, desde donde la miraba á ella con ojos tan dulces, que parecían implorar su protección.

—Yo no me atrevía á hacer lo que hubiera querido—dijo;—tanto temia contrariar á nuestra madre.

Había sobrevenido el drama de la Boca del Lobo.

Rolando habia pasado cuatro meses en Sologne, y en su desocupación habia ido á menudo hacia el lado de la granja.

Había visto á Teresa.

¡La amó! ¿Podía suceder otra cosa?

Había querido hacerse amar de ella y no le habia costado trabajo conseguirlo.

Rolando era tan alegre, tan vivaracho, tan encantador en una palabra...

¿Cómo se le hubiera resistido ella?
 ¿Era, después de todo, un tan gran crimen el que Teresa había cometido?

¡Por fin la catástrofe había ocurrido!

—Tuve mucho sentimiento—dijo:—yo quería á Rolando como te quiero á tí, Gabriel. En medio de mi pena no podía menos de pensar en la de esa pobre joven. Yo hubiera querido ayudarla, socorrerla; pero no sabía que había sido de ella. Y estaba obsesionada por una idea. Me parecía que antes de morir, en sus momentos de conocimiento, Rolando, que la había amado con pasión, yo estaba segura de eso, había debido pensar en el porvenir de ella y en el de su hijo... Eso me decía yo... Me creía estar segura de ello... Pues bien, no me equivocaba.

En aquellos momentos pensaba el conde en su visita á la comadrona de la calle de Riche-lieu.

Apenas si escuchaba á su hermana.

Sin embargo, á estas palabras «No me equivocaba», se volvió hacia ella.

—¿Qué quieres decir?—preguntó.

—Quiero decir que Rolando había expresado, en efecto, sus deseos—declaró lentamente Fernanda.

—¿Cómo?

—En un testamento.

El conde repuso maquinalmente:

—¿Un testamento?

—Sí, y nosotros estamos en posesión de una fortuna que no nos pertenece.

—¿La fortuna de Rolando?

—Sin duda.

—¿De quién es?

—De esa joven que tú acabas de ver, que ha vivido en París miserablemente, que se ha encontrado tan desgraciada que quiso suicidarse y que su hijo, que estaba en nodriza en Fontaine en casa de la viúda Lapierre, murió allí cuando tal vez viviría aun si ella hubiera podido rodearle de cuidado y bienestar.

—¿Qué dices?

—La verdad.

—¿Dónde está ese testamento?

—Lo tengo yo.

—¿Quién te lo ha dado?

—No me lo han dado, lo he cogido.

—¿Dónde?

—En casa de nuestra madre que era la depositaria de él, á cuyo honor había sido confiado y quien lo ocultaba.

—¡Fernanda!

Le miró con ojos llenos de lágrimas, de vergüenza y de sentimiento.

El conde la cogió la mano, la miró largamente y los dos se comprendieron.

Entonces Fernanda le contó la escena que había pasado en el hotel Corbiere, y por fin su visita á casa de su viejo amigo y consejero el Sr. Dubreuil, de donde salía cuando fué á casa de la duquesa.

Sólo él estaba en el secreto.

Launay no hablaría.

Ella había salvado el honor; pero se hacia necesaria una reparación, y esta reparación no podía hacerse esperar.

Sabía bien que estarían de acuerdo los dos.
Había querido hablarle, decirle todo.

—Además se ahogaba.

Cuando acabó cayó en los brazos del conde hecha un mar de lágrimas y diciendo entre sollozos:

—¡Cuánto crimen, Gabriel! ¡Y es nuestra madre quien los ha cometido! ¡Un hombre en presidio!... Una criatura muerta sin padre... ¡Esa pobre joven reducida al suicidio, salvada por un milagro!... ¿Qué hacer?

—¡Todo lo que tú quieras, todo!

La estrechó contra su corazón, la besó diciéndola al oído.

—¡Mi querida, mi pobre Fernanda!

Permanecieron largo rato juntos.

Cuando por fin se separaron, ella estaba tranquila y el conde la repetía:

—Tienes razón; todo lo que tú quieras, todo.

Fernanda le preguntó.

—¿Adónde quieres que te conduzca?

—A mi casa.

—Creía que querías ir á Bolonia.

—He cambiado de parecer.

El cupé de Fernanda le dejó á la puerta de su casa.

Cuando subió á su cuarto, escribió de prisa la carta que sigue:

«Amor mío:

»El hombre propone y Dios dispone.

»Pensaba pasar la noche en Bolonia.

»Se presenta un impedimento.

»Mañana tengo que hacer una excursión larga.

»Por la noche iré á comer contigo.

»Entretanto piensa en mí, en la seguridad de que ni un segundo dejaré yo de pensar en ti.

»Mil besos de tu,

»GABRIEL.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

Luz.

Al día siguiente el conde Gabriel se levantó descolorido, febril, había envejecido diez años. Había pasado una noche sin dormir, asaltado por pesadillas.

A las seis de la mañana estaba ya vestido, dispuesto á salir, mirando á cada instante el reloj contando los minutos, paseándose por el suntuoso gabinete donde un año antes había recibido la visita del desgraciado Escoubere.

A las siete llamó á su ayuda de cámara.

—Dubois—ordenó el conde—un coche.

—¿El señor va?

—Al tren.

—La mañana está brumosa... ¿El cupé?

—Cualquiera... Pronto.

Dubois salió diciendo:

—El señor conde no tiene la cara de todos los días... Está desconocido... Era mejor que no hubiera pensado en casarse... ¡Bien estábamos así!

El conde era de esos á quienes no se puede hacer observaciones y se les sirve á la carrera.

Cinco minutos después el cupé estaba enganchado, el cochero en el pescante y el portero dispuesto á abrir la puerta principal.

El conde bajó, miró su reloj y dijo:

—A la estación Montparnasse, á escape.

—El caballo salió á un paso de los diablos.

No había inconveniente en marchar á escape.

A aquella hora las calles estaban casi desiertas.

Como había dicho Dubois, una bruma gris y bastante espesa envolvía á París.

El conde, con los brazos cruzados, no veía nada, no miraba á nada.

Cuando se paró el coche pareció despertar de un sueño; se apeó, despidió el coche, tomó un billete y montó en el expreso de Bretaña, que iba á salir.

Y sentado en un rincón del coche salón, volvió á entregarse á sus meditaciones.

Una hora más tarde estaba en Rambouillet, montaba en un coche de plaza y ordenaba:

—¡A Fontaine, á buen pasó!

A las diez en punto entraba el coche en Fontaine, y el conductor se disponía á franquear la verja del castillo cuando el conde se levantó, le puso la mano sobre el hombro y le dijo:

—Al castillo, no... allí.

Y le indicaba con la mano la casa de la viuda, que estaba á poca distancia.

Y cuando el cochero se disponía á obedecer le dijo:

—No estaré más que momentos... Esperadme. Es preciso que esté en Rambouillet para el tren de las once y media.

Justamente en aquel momento salía Luisa, la hija de la viuda Lapierre, con sus herradas de leche cogidas por las asas

—¡El señor conde!—dijo sorprendida al ver el coche de alquiler parado á su puerta.

—¿Está ahí vuestra madre?

—Sí, señor.

—Quisiera hablarla.

La muchacha se volvió hacia la puerta gritando:

—Madre, el señor conde Gabriel quiere verte.

El conde Gabriel era sin duda alguna el rey de Fontaine.

Tenía allí una infinidad de guardas, porteros y jardineros á sus órdenes.

La viuda salió precipitadamente hasta la puerta de la casa, con un niño en los brazos.

—¡El Señor conde!—dijo á su vez!

—Sí, vengo á hablar con vos...

—Entrad, pues.

La pobre mujer estaba aturdida al ver al conde en su casa.

Después de haber dejado el niño, volvió al lado del conde, excusándose, y le ofreció una silla, no sin haberla quitado el polvo con el delantal.

—Teniendo que cuidar cinco criaturas, es preciso no descuidarse, señor conde.

Y añadió suspirando:

—Teníamos seis... Hemos perdido uno hace cerca de tres meses... Se llamaba Rolando, como vuestro hermano... Tenía una madrecita encantadora, que derramó por él un mar de lágrimas... Y eso nos dió tanta pena á Luisa y á mí, que dudamos si admitir otros.

—¿Hace mucho tiempo que os dedicais á esto?

—A la muerte de mi marido... Me dediqué

por casualidad. Una comadrona que habia oído hablar de mí, yo no sé cómo, me encargó de una niña. Aquella comadrona vivía en la calle de Richelieu. Se llamaba la señora Durand, una buena persona, como la que la sucedió.

—¿Se llama?

—La señora Firmin.

—¿Esa niña que os dió no se llamaba Elena?

—¿Lo sabéis?

—Elena Noel.

—Precisamente. ¡Era muy guapa la pobre pequeña!

—¿Cuánto tiempo estuvo en vuestra casa?

—Cerca de tres años.

—¿Por qué no la tuvisteis más tiempo?

—Porque se la llevaron.

—¿Los padres?

—No... la comadrona... Pero ya no era la misma... la señora Durand habia muerto. La habia reemplazado la señora Firmin.

—¿Y entonces qué fué de ella?

—¿De quién?

—De la niña, Elena Noel.

—No puedo deciros... No he vuelto á oír hablar de ella. Cuando yo pedía noticias á la señora Firmin, me contestaba: «¡Es un secreto!» y yo quedaba bien contrariada, os lo aseguro.

—Vamos á ver, señora Lapierre; vos me conocéis.

—¡Ya lo creo, señor conde! Os he visto muy pequeño. Mi pobre marido ha dado muchos hachazos en los bosques de la Fontaine, y hace más de setenta años que mi padre compró la casita en que vivimos mi hija y yo.

—Después volvió á menudo, y siempre se informaba con interés de la pequeña; iba derecho á su cuna, la besaba y yo veía cuánto se interesaba por ella... Durante los tres años que la niña estuvo aquí, vino más de cien veces. Un día supimos que el conde había muerto de repente en París; no había pasado una semana cuando la comadrona...

—¿La señora Firmin?

—Sí, la señora Firmin vino á recogerla. Cuando se la llevó quise saber adónde iban á dejarla; pero la señora Firmin me dijo: «Yo no puedo hablar.» Pero la oí muy bien repetir una palabra que no he olvidado.

—¿Y era?

—«La pobre ha perdido todo lo que tenía que perder.» Después, no solo no la he vuelto á ver, sino que jamás he oído hablar de ella, excepto por esa joven que tenía aquí un niño, la señorita Teresa...

El conde fijó sus ojos en la nodriza y con voz temblorosa que demostraba la emoción que no podía dominar, preguntó:

—¿De modo que vos creéis?...

—El señor conde ha comprendido bien... Puesto que desde la muerte del señor de Corbiere nadie se volvió á interesar por esa criatura, yo podré equivocarme y no me atrevo á deciros...

—No temáis nada. Concluid.

—¡Es que él era su padre!

Hacia largo rato que el desgraciado se lo había dicho. Desde las primeras palabras de la viuda no tenía ya ni aun derecho á dudar.

Enjugó el sudor que corría por su frente y dijo levantándose:

—¿No sabéis nada más?

—Nada, y lo que sabía es bien poca cosa.

¡Poca cosa!

Los labios del conde se crisparon con una amarga sonrisa.

Preguntó aún:

—¿Mi madre no vino nunca á preguntaros por esa Elena Noel?

—Nunca.

—Os doy las gracias y no olvidaré nunca el servicio que me habéis prestado. Hasta la vista. Saludó amistosamente á la nodriza, salió, montó en el coche y dijo al cochero:

—A la estación.

En el trayecto de Fontaine á Rambouillet, medio recostado en la victoria que le llevaba, con la cabeza apoyada en la mano izquierda los ojos vagos, sin mirada, parecía á un hombre que ha perdido todo, familia, esperanza, fortuna.

De cuando en cuando sus ojos se animaban como si el valor y la fuerza volvieran.

Peró casi en seguida volvía á caer en su abatimiento.

Cuando llegó á París montó en un coche de plaza y ordenó al cochero:

—A la calle de Richelieu, pronto. Cinco francos por la carrera. Os parareis en la esquina de la plaza Louvois, y allí me esperareis... ¡Vamos!

Cuando entró en casa de la comadrona, estaba desconocido.

La señora Firmín adivinó en seguida lo que le pasaba.

La catástrofe que ella había querido evitar se había producido.

El conde comenzó sin preámbulo:

—Aquí tenéis un hombre abatido que viene á suplicaros que le digáis la verdad, sin reticencias. Podeis hablar con sinceridad... Tengo fuerzas para oír todo y además, todo lo sé... ¿Conocíais al padre de Elena?

—Tal vez.

—¿Por qué no nombrármelo?...

—Porque el honor me lo prohíbe.

—Era el conde de Corbière, ¿no es verdad?

La señora Firmín permaneció muda.

—Quiero daros facilidades. En este momento llevo de Fontaine. He visto á la viuda Lapierre... Había sabido ayer por casualidad, lo que yo estaba lejos de pensar...

El conde dijo con sorda cólera:

—¿No es el azar, el estúpido azar, fatal, quien nos traquetea como el viento á las hojas muertas y á los granos de polvo?

Y continuó con voz breve, incisiva:

—Esto fué en casa de la duquesa de Reville... Cuando yo la anunciaba mi boda con Elena, una boda para lo que todo estaba convenido y preparado, y decía yo que no conocía nada de su origen ni de su infancia, una joven que se encontraba allí me dijo, bien inocentemente, que Elena había sido llevada en cuanto nació, á casa de la viuda Lapierre... Esa joven, al servicio de la duquesa, había tenido un niño en casa de la viuda y allí había oído hablar

de Elena, á quien ella conocía. Ya veis si esto es sencillo. He ido esta mañana á Fontaine. Allí he sabido que mi padre iba con frecuencia á casa de la viuda, que se ocupaba de esa pequeña... y que hasta la besaba... En fin, que poco después de la muerte del conde, retirásteis á Elena para llevarla á otra parte, cumpliendo órdenes que habíais recibido. ¿Es verdad?

—Es verdad.

—¿Quién os ha dado esa orden?

—Una mujer, que es la única persona que tiene derecho á confesaros la verdad,

—¿Mi madre?

Un movimiento involuntario de la comadrona advirtió al conde que había dado en la llaga.

—Bueno—dijo,—no tenéis necesidad de hablar; vuestro silencio me ha dicho más que hubieran podido decirme vuestras palabras. Sois una mujer honrada y valiente, señora Firmín, y no lo olvidaré. ¡Adiós!

Salió como había entrado, bruscamente.

El desconocido que se hubiera encontrado con él en la escalera, se habría asustado.

Estaba más lívido que cuando había entrado.

Sus facciones estaban descompuestas.

Era cerca de la una y media.

Montó en el coche y dijo al cochero:

—Calle de Santa Dominica, hotel Corbière.

Poco después se apeaba delante de la puerta del monumental hotel, y haciendo un esfuerzo supremo para aparecer sereno, preguntó al portero:

—¿Ha salido mi madre?

—No, señor conde.

—Bueno.

Atravesó el patio, entró en el vestíbulo y allí encontró á Felicia, á quien preguntó:

—¿Está ahí Fernanda?

—No, señor conde. La señorita acaba de salir.

—¿Sola?

—Sí, señor conde.

—¿Sabéis adónde ha ido?

—Perfectamente. La señorita debe pasar la tarde en casa de la señora de Reville.

—Bueno—pensó;—estaremos solos.

Subió en busca de su madre.

VII

Guillermo Montarón á Juan Aron, en casa de los señores Morard hermanos, horticultores, carretera de Saint-Cloud, en Bolonia.—Sobre el Sena.

«Mi querido Juan:

»El señor de Fleuse sale para Brisbane, donde pondrá esta en el correo.

»Va á cobrar el importe de treinta caballos que hemos vendido á una sociedad que acaba de comprar una parte de Anston-City.

»Es la única mercancía que tenemos para vender hasta que lo hagamos de las las lanas y del ganado, que será dentro de unos dos meses y medio.

»La recolección de lana, así como el ganado que podremos vender, prometen ser abundantes.

»Decididamente debemos estar muy agradecidos al reverendo señor Turner.

»Este señor nos ha escrito desde Londres.

»Nos profesa, creo, un gran afecto.

»Nos ofrece uno de sus ranchos de una importancia doble del que nos ha cedido.

»De Fleuse vacila en aceptar esta proposición; pero yo le he aconsejado que sí, y ha concluido por consentir.

»Las condiciones del señor Turner son de las más ventajosas.